

“La Iglesia debe mirar al presente”

La sucesión de los diversos concilios celebrados hasta ahora atestigua claramente la vitalidad de la Iglesia Católica y señala los puntos luminosos de su historia. El gesto del más reciente y humilde sucesor de San Pedro, que os habla, al convocar esta solemnísimas asamblea tiene la finalidad de afirmar una vez más la continuidad del magisterio eclesiástico para presentarlo, de una forma excepcional, a todos los hombres de nuestro tiempo, teniendo en cuenta las desviaciones, las exigencias y las oportunidades de la edad moderna.

Mas, junto a estos motivos de júbilo espiritual, es cierto, sin embargo, que sobre esta historia se extiende, a través de más de diecinueve siglos, una nube de tristezas y de pruebas. Por algo el anciano Simeón dijo a María, Madre de Jesús: «Este Niño está puesto para ruina y resurgimiento de muchos en Israel, y como señal de contradicción». Y el mismo Jesús, ya adulto, fijó bien claramente la postura sucesiva del mundo con respecto a su persona a lo largo de los siglos en aquellas misteriosas palabras: «**Quien a vosotros escucha, a mí me escucha**». Y con aquellas otras: «**Quien no está conmigo está contra mí y quien no recoge conmigo desparrama**». El gran problema planteado al mundo queda en pie tras casi dos mil años. Cristo, radiante siempre en el centro de la historia y de la vida. Los hombres o están con él, y con su Iglesia, y en tal caso gozan de la luz de la bondad, del orden y de la paz, o bien están sin él y deliberadamente contra su Iglesia, con la consiguiente confusión y aspereza en las relaciones humanas y con persistentes peligros de guerras fratricidas.

En el presente orden de cosas, en el cual parece apreciarse un nuevo orden de relaciones humanas, es preciso reconocer los arcanos designios de la Providencia Divina que, al través -muchas veces sin que ellos lo esperen- se llevan a término, haciendo que todo, incluso las adversidades humanas, reducen en bien para la Iglesia.

Fácil es apreciar esta realidad si se considera atentamente el mundo moderno, ocupado en la política y en controversias de orden económico hasta el punto de no encontrar ya tiempo para preocupaciones de orden espiritual que son las que pertenecen al sagrado ministerio de la Iglesia. Tal modo de obrar no es recto y es, por tanto, justo desaprobalo. Con todo, no se puede negar que estas nuevas condiciones impuestas por la vida moderna tienen al menos una ventaja: la de haber hecho que desaparezcan los innumerables obstáculos que en otros tiempos impedían el libre obrar de los hijos de la Iglesia.

Lo que principalmente atañe al Concilio Ecuménico es esto, que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz. **Todos los hombres, particularmente considerados o reunidos socialmente, tienen el deber de tender sin treguas, durante toda su vida, a conseguir los bienes celestiales y a usar, llevados de este solo fin, los bienes terrenos sin que el empleo de los mismos comprometa la felicidad eterna.** Hubo siempre en la Iglesia, y hay todavía, quienes buscando con todas sus energías la práctica de la perfección evangélica rinden una gran utilidad a la sociedad. Pero, a fin de que esta doctrina alcance a los múltiples campos de la actividad humana, referentes al individuo, a la familia, a la sociedad, es necesario, ante todo, que la Iglesia no se separe del patrimonio sagrado de la verdad, recibido de los padres, pero, al mismo tiempo, tiene que mirar al presente, considerando las nuevas condiciones y formas de vida introducidas en el mundo moderno, que han abierto nuevas rutas al apostolado católico. Por esta razón, la Iglesia no ha asistido inerte al progreso admirable de los descubrimientos del ingenio humano y ha sabido estimarlos debidamente. Mas, aun siguiendo estos desarrollos, no deja de advertir a los hombres para que, por encima de las cosas

visibles, vuelvan sus ojos a Dios -fuente de toda sabiduría y de toda belleza- y no olviden ellos, a quienes se dijo: «Sujetad la tierra y dominadla».

La tarea principal del Concilio no va a aislar en discutir uno u otro artículo de la doctrina fundamental de la Iglesia. Para esto no era necesario un Concilio. Sin embargo, de la adhesión renovada, serena y tranquila a todas las enseñanzas de la Iglesia en su integridad y precisión, como todavía aparecen en las actas conciliares de Trento y del Vaticano y, sobre todo, el espíritu cristiano, católico y apostólico de todos espera que se dé **un paso adelante hacia una penetración doctrinal y una formación de las conciencias que estén en correspondencia más perfecta con la fidelidad de la auténtica doctrina**, estudiando ésta y exponiéndola en conformidad con los métodos de investigación y con la expresión literaria que exigen los tiempos actuales. Una cosa es la sustancia del «depositum fidei», es decir, de las verdades que contiene nuestra venerada doctrina, y otra la manera cómo se expresa, y de ello ha de tenerse gran cuenta -con paciencia si fuese necesario- ateniéndose a las normas y exigencias de un magisterio de carácter predominantemente pastoral.

Al iniciarse el Concilio Ecuménico Vaticano II, es evidente como nunca que la verdad del Señor permanece siempre. Vemos, en efecto, que las opiniones de los hombres se suceden excluyéndose mutuamente y que los errores se desvanecen como la niebla ante el sol. Siempre se opuso la Iglesia a estos errores, frecuentemente los condenó con la mayor severidad. En nuestros tiempos, sin embargo, **la esposa de Cristo prefiere usar de la medicina de la misericordia más que de la severidad. Piensa que hay que remediar a los necesitados mostrándoles la validez de su doctrina sagrada más que condenándolos.** No es que falten doctrinas falaces, opiniones, conceptos peligrosos que hay que prevenir y disipar, pero ellos están así en evidente contraste con la recta norma de la honestidad y han dado frutos tan perniciosos

que ya los hombres, por sí solos, hoy día parece que están por condenarlos y, en especial, aquellos de la técnica dominadora o del bienestar fundado exclusivamente sobre las comodidades de la vida. Lo que más cuenta es que **la experiencia les ha enseñado que la violencia causada a otros, el poder de las armas, el predominio político, nada sirven para una feliz solución de los graves problemas que los afligen.**

Estando así las cosas, la Iglesia Católica, al elevar la antorcha de la verdad religiosa, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna para con los hijos separados de ella.

La Iglesia, por medio de sus hijos, extiende por doquier la amplitud de la caridad cristiana, que más que ninguna otra cosa contribuye a extirpar las semillas de las discordias y con mayor eficacia que con cualquier otro medio fomenta la concordia, la justa paz y la unión fraternal de todos. La solicitud de la Iglesia en promover y defender la verdad deriva del hecho de que, según el designio de Dios, «el cual quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad», **no pueden los hombres, sin la ayuda de toda la doctrina revelada, conseguir una completa y firme unidad de ánimos a la que está ligada la verdadera paz y la salvación eterna.**

Desgraciadamente, la familia cristiana no ha conseguido plenamente esta visible unidad en la verdad. La Iglesia Católica estima, por lo tanto, como un deber suyo el trabajar denodadamente a fin de que se realice el gran misterio de aquella unidad que Jesucristo ha invocado con ardiente plegaria del Padre Celestial en la inminencia de su sacrificio. Y, finalmente, la unidad en la estima y en el respeto hacia la Iglesia Católica de parte de quienes todavía siguen religiones no cristianas.

A este propósito es motivo de dolor considerar que la mayor parte del género humano -a pesar de que todos los hombres han sido redimidos por la sangre de Cristo- no participa aún de esas fuentes de gracia divina que se hallan en la Iglesia. Venerables hermanos: esto es lo que se

propone el Concilio Ecuménico Vaticano u, el cual prepara y consolida ese camino hacia la unidad del género humano que constituye el fundamento necesario para que la ciudad terrenal se organice a semejanza de la ciudad celeste, «en la que reina la verdad, dicta ley la caridad y cuyas fronteras son la eternidad».

Ahora, «nuestra voz se dirige a vosotros». Venerables hermanos en el episcopado: henos aquí juntos, reunidos en esta basílica vaticana, en torno a la cual gira ahora la historia de la Iglesia, donde el cielo y la tierra se unen en estos momentos

estrechamente, aquí, junto al sepulcro de Pedro, junto a tantas tumbas de nuestros santos predecesores, cuyas cenizas parecen alborozarse en esta hora solemne con un estremecimiento arcano. El Concilio que comienza aparece en la Iglesia como un día prometedor de luz resplandeciente. Todo esto pide de vosotros serenidad de ánimo, concordia fraternal, moderación en los proyectos, dignidad en las discusiones y sabidurías en las deliberaciones. Quiera el cielo que vuestros esfuerzos y vuestros trabajos satisfagan abundantemente las aspiraciones comunes.